

LOS PROBLEMAS DE CONDUCTA EXTERIORIZADOS E INTERIORIZADOS EN LA ADOLESCENCIA: RELACIONES CON LOS HÁBITOS DE CRIANZA Y CON EL TEMPERAMENTO

EXTERIORIZED AND INTERIORIZED BEHAVIOUR PROBLEMS IN ADOLESCENTS: RELATIONSHIP WITH UPBRINGING AND TEMPERAMENT

ANA MARÍA TUR*, MARÍA VICENTA MAESTRE* Y VICTORIA DEL BARRIO**¹

* Facultad de Psicología. Departamento de Psicología Básica. Avda. Blasco Ibáñez, 21 46010. Valencia

**UNED. Departamento de Psicología de la Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológicos. Madrid

Resumen

La investigación se ha realizado sobre la base de una muestra aleatoria de 531 adolescentes de edades comprendidas entre los 12 y 16 años, que representan a la población general. El objetivo que pretende es analizar la relación entre los problemas de conducta del adolescente y algunas variables del entorno sociofamiliar como la estructura familiar, la clase social y los estilos educativos de los padres. Asimismo, se analiza el peso que la estructura de la personalidad y/o la crianza tiene en la manifestación de los problemas conductuales de los hijos.

Los resultados muestran que los problemas conductuales en las dimensiones exteriorizada e interiorizada están muy relacionados con los hábitos de crianza, principalmente, con los factores de *Disciplina*, *Apoyo* y *Autonomía*. Igualmente, las variables socio-familiares como la clase social y la estructura familiar mantienen una conexión significativa con la emisión de las conductas antisociales.

Palabras Clave

Problemas de Conducta. Hábitos de Crianza, Estructura de la Personalidad. Estructura familiar. Clase social.

Abstract

The research used a sample of 531 teenagers whose ages ranged from 12 to 16, who represent the general population. The aim was to analyze the relation between teenagers' conduct problems and some social and family environmental variables such as family structure, social class and parents' educational styles. Likewise, the impact of personality structure as well as upbringing on the manifestation of children's behaviour problems were also analyzed.

The results show that externalising and internalising problem behaviours are highly related to upbringing, mainly, to the following factors *Discipline*, *Support* and *Autonomy*. Social class and family structure are also connected with antisocial behaviours.

Key words

Problems Behaviours. Upbringing. Personality Structure. Family structure. Social class.

¹ UNED. Departamento de Psicología de la Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológicos. Madrid.

Introducción

Las investigaciones en torno a los problemas de conducta infanto-juvenil han demostrado ampliamente la conexión que estos mantienen con las características paternas y con el entorno socio-familiar (Caprara y Zimbardo, 1996; Sobral, Romero, Luengo y Marzoa, 2000; Eisenberg, Zhou, Losoya, Fabes, Shepard, Murphy, Reiser, Guthrie y Cumberland, 2003). A pesar de ello, no queda clara la relación de causa-efecto cuando se habla de problemas conductuales (Achenbach, 1995) por lo que se habla, más bien, de factores de riesgo y, en contraposición, de factores de protección o *resilience*, entendida como la capacidad para lograr una adaptación favorable a pesar de las circunstancias adversas (Vanistendael y Lecomte, 2002; Eisenberg, Valiente, Fabes, Smith, Reiser, Shepard, Losoya, Guthrie, Murphy y Cumberland, 2003).

Los factores de riesgo, que han demostrado mantener relaciones significativas con los elementos de crianza, constituyen un amplio abanico de elementos y hechos que abarcan tanto factores personales de los padres y de los hijos, como las características demográficas y socio-ambientales.

En primer lugar y en relación con las características personales de los padres que han sido objeto de estudio, cabe señalar aquellas que versan sobre las enfermedades mentales, delincuencia o antecedentes de conducta antisocial, alcoholismo y drogadicción (Rutter, 1994). Otras, centradas en aspectos de la personalidad como la depresión, el neuroticismo, la extraversión o el estrés (Woodworth, Belsky y Crnic, 1996). Y otras que analizan los problemas afectivos y de calidad de las relaciones conyugales (Baumrind, 1991; Gotlib y Avison, 1993; Grusec, Goodnow y Kuczynski, 2000; Mestre, Frías, Samper y Nacher, 2003; Tur, Mestre y Del Barrio, 2004). De tal forma que la conflictividad familiar, la estructura de la misma familia y la psicopatología de los progenitores contribuyen, entre otros, al desarrollo de los trastornos conductuales y emocionales de los hijos (Gotlib y Avison, 1993; Bragado, Bersabé y Carrasco, 1999).

En el otro extremo y por los mismos motivos, las características de los niños también han

sido objeto de diferentes estudios. Los resultados indican que los rasgos temperamentales como el neuroticismo, la impulsividad y la inestabilidad emocional inciden negativamente en la conducta (Caprara y Pastorelli, 1993; Mestre, Samper y Frías, 2002). Igualmente, tienen una relación negativa con la conducta, con la búsqueda de sensaciones, con la impulsividad y con el locus de control externo (Chico, 2000; Sobral, Romero, Luengo y Marzoa, 2000). Semejante situación se produce con variables cognitivo-emocionales —como la empatía, la emocionalidad controlada y los sentimientos de autocontrol—, al demostrar que éstos actúan como agentes inhibidores frente a la exteriorización de las conductas agresivas (Mestre, Frías, Samper y Nacher, 2003)

Otras investigaciones han implicado a ambas, tanto a las características paternas como al temperamento de los hijos, incluyendo, en este sentido, el grado de emocionalidad, de autocontrol o de autorregulación, en la competencia social de los mismos niños (Eisenberg, Fabes, Guthrie y Reiser, 2000; Mestre, Samper y Frías, 2002; Mestre, Frías, Samper y Nacher, 2003; Tur, Mestre y del Barrio, 2004). Asimismo, se ha comprobado que ambas dimensiones, —las características de los padres y el temperamento del hijo—, inciden sobre la personalidad de éste último (Bandura, 1999).

En relación con las características demográficas y socio-ambientales, diferentes estudios ponen el acento en la importancia del aprendizaje social-cognitivo (Bandura, 1986, 1999). Se ha verificado que los factores sociales son cruciales a la hora de inculcar modelos o estilos educativos, tanto desde la perspectiva de los progenitores como de los hijos, ya que ambos se alimentan de lo que observan y de lo que, para bien o para mal, está permitido y es adecuado o inadecuado en el entorno en el que se desenvuelven (Bandura, 1999; Grusec, Goodnow y Kuczynski, 2000; Eisenberg, Zhou, Losoya, Fabes, Shepard, Murphy, Reiser, Guthrie y Cumberland, 2003).

En cualquier caso, entre las características socio-ambientales, que han sido investigadas, se encuentran el clima familiar (Caprara y Zimbardo, 1996; Mestre, Frías, Samper y Nacher, 2003), la clase social (Mayor y Urrea, 1991; Ro-

mero, 1996; Sobral, Romero, Luengo y Marzoa, 2000; Del Barrio, Mestre, Tur y Samper, 2004), el sexo de los padres (Lytton y Romney, 1991), la edad de los padres (Kandel, 1990; Hann, Osofsky, Barnard y Leonard, 1994; King Radpour, Naylor, Segal y Jouriles, 1995), y las separaciones y los divorcios (Amato y Booth, 1991; Del Barrio, 1997, 1998).

Así pues, se puede afirmar que la familia y el entorno en el que crece el niño aporta los modelos a seguir y, al tiempo, sirve de poso para la ejecución de las futuras conductas. De este modo, la mala calidad de las relaciones puede ser precursora de la agresión y facilitar la vulnerabilidad emocional en el niño (Grusec, Goodenow y Kuczynski, 2000; Eisenberg, Gershoff, Fabes, Shepard, Cumberland, Losoya, Guthrie y Murphy, 2001). Se han demostrado efectos negativos cuando las relaciones están cargadas de hostilidad y de abuso físico, aun en el caso de que se controlen las variables ecológicas familiares y biológicas del niño (Dodge, Bates y Pettit, 1990). O cuando viven inmersos en climas emocionales fríos e irascibles con pocas manifestaciones de cariño procedentes de los padres (Cumming y Zahn-Waxler, 1992). O en ambientes donde reina una disciplina parental inconsistente y con ausencia de reglas disciplinarias (Hoffman, 1975; Maccoby y Martín, 1983; Baumrind, 1989; Hetherington y Parke, 1993; Grusec y Goodnow, 1994; Grusec, Goodnow y Kuczynski, 2000).

Asimismo, las relaciones paterno-filiales pueden quedar marcadas por determinados factores exógenos, que ejercen, a su vez, una influencia directa sobre el carácter de las personas o sobre su asentamiento emocional. Estos factores se refieren a la inestabilidad laboral, al apoyo social percibido por los progenitores y a la calidad de las relaciones que éstos establecen con su entorno (Bronfenbrenner, 1990; Scarr, 1992); y a las expectativas de los padres para que los hijos alcancen la independencia económica lo antes posible (Cox y Paley, 1997; Del Barrio, 1998). Por tanto, para concluir, se puede afirmar que los factores del entorno influyen sobre las prácticas de crianza o estilos educativos de los padres y que éstos fomentan un tipo de relación u otro, adaptándola a las reacciones de los hijos. Todo ello, canalizará la futura personalidad del hijo y su adaptación social y emocional al entorno circundante.

Este estudio persigue el objetivo de analizar la relación entre problemas de conducta que manifiesta el adolescente, en sus dimensiones interiorizada y exteriorizada, y algunos factores como la estructura de la personalidad y el entorno socio-familiar en el que se desarrolla. En concreto, los estilos de crianza y las variables demográficas de estructura familiar y clase social. A modo de resumen las variables analizadas son:

- a La estructura de la personalidad.
- b Variables del entorno próximo que incluyen los estilos de crianza, la estructura familiar y la clase social.
- c Variables personales relativas a la conducta externalizada e internalizada

Se espera obtener conexiones entre ambos extremos, es decir, los problemas conductuales y los factores ambientales analizados. De la misma forma, perseguimos analizar el valor discriminativo de los factores de crianza frente a los estructurales de la personalidad ante la manifestación de las conductas difíciles de los adolescentes. Todo ello, en una etapa evolutiva, la adolescencia inicial y media, en la que se incrementan los conflictos relacionales paterno-filiales (Smetama y Asquith, 1994; Motrico, Fuentes y Bersabé, 2001). Con todo, y al hilo de las investigaciones, cabe esperar que los factores ambientales modularán la emisión de problemas de conducta en mayor medida que los factores relacionados con la estructura de la personalidad.

Método

Participantes

El estudio se ha realizado sobre una muestra, obtenida aleatoriamente, de 531 alumnos y sus madres. Aunque la muestra inicial fue de 1006 adolescentes, más del 50 % de la misma no se ha tenido en cuenta para realizar los análisis estadísticos, dado que se ha adoptado el criterio de estudiar la población que había cumplimentado la totalidad de los cuestionarios.

La selección del alumnado se ha realizado atendiendo a los siguientes criterios: que cur-

saran la Etapa Educativa de la Secundaria Obligatoria, que estuvieran escolarizados en Centros Públicos y Concertados, que se encontraran en lugares geográficos diferentes de la Comunidad Valenciana.

De los 531 alumnos, 278 realizan los estudios en la Escuela Pública —118 chicos y 160 chicas—, y 253 en la Escuela Privada-Concertada, de éstos 148 son chicos y 105 chicas. Tienen entre 12 y 16 años, aunque, debido al efecto de repetir algún curso a lo largo de su escolarización, encontramos a 22 alumnos de 16 años y 7 que han cumplido los 17, lo que representa el 4,1% y el 1,3% respectivamente. Todos ellos viven en los municipios de Elche (152 sujetos), Alboraiá (34), Paterna (107), Torrent (112), Valencia (94) y La Vall d'Uixó (32 adolescentes). Por lo tanto, pertenecen a las tres provincias valencianas.

Procedimiento

La fuente de información sobre la que se ha basado la investigación ha abarcado al mismo alumnado y a sus madres. Se considera que las progenitoras, a pesar de la transformación del papel de la mujer en la sociedad actual, continúan teniendo un papel superior a los padres en los problemas cotidianos del hogar, aún teniendo trabajo extradoméstico (Parra y Oliva, 2002; Valiño y López, 2004)

Para tomar los datos y pasar los cuestionarios, un equipo de profesionales se desplazó a los Centros Educativos y, en este entorno, se organizaron las sesiones de una hora de duración. Al tiempo, se entregó a las familias el cuestionario sobre hábitos de crianza —*Parent-Child Relationship Inventory* (PCRI-M) (Gerard, 1994)— y el *Child Behavior Checklist* (CBCL) (Achenbach y Edelbrock, 1978, 1983) para su cumplimentación, acompañado de una sesión informativa y una carta de presentación. Se contó con el apoyo de los profesores para la recogida de la información procedente de la familia.

Con esta información se han llevado a cabo diferentes análisis estadísticos por medio del SPSS, dirigidos a contrastar los objetivos definidos anteriormente. Para ello, se han elaborado, en primer lugar, diferentes análisis de va-

rianza entre los hábitos de crianza y las variables descriptivas formuladas, constituidas por la estructura familiar y por la clase social. En segundo, un análisis de correlación entre los factores de crianza, el temperamento y los problemas de conducta con la finalidad de hacer una primera aproximación a las vinculaciones que puedan mantener entre sí ambas variables. En cualquier caso, se espera verificar la relación de interdependencia entre los hábitos de crianza y los problemas de conducta que manifiesta el adolescente, informados, en este caso, por las mismas madres.

Finalmente, se ha procedido a realizar sendos análisis discriminantes entre variables, con el objetivo de estudiar el peso de los hábitos de crianza y de la estructura de la personalidad en la afloración de los problemas conductuales en la adolescencia, en su dimensión internalizada y externalizada. En ambos han actuado como variables independientes los hábitos de crianza y la estructura de la personalidad. Y como variables dependientes los problemas de conducta. Para ello, se han distribuido en tres grupos las puntuaciones de cada uno de los factores de los diferentes instrumentos —*BFQ*, *PCRI-M* y *CBCL*—. El criterio aplicado para la obtención de los grupos ha sido el de tomar las puntuaciones que estuvieran por encima o por debajo de la media en una desviación típica. Con la aplicación de este criterio se han obtenido los siguientes grupos: (i) un *grupo bajo*, alejado 1dt de la media (-1dt); (ii) un segundo grupo, o *grupo intermedio*, comprendido entre +1 dt de la media; (iii) por último, el tercero es el *grupo alto* que aglutina a los sujetos que han obtenido puntuaciones por encima de la media en 1dt (+1dt).

Instrumentos

Child Behavior Checklist (CBCL) (Achenbach y Edelbrock, 1978, 1983). Adaptación española de Del Barrio y Cerezo (1990).

Autoinforme de puntuación estándar con 118 ítems, cerrados y abiertos. Valoran la percepción de la madre sobre los problemas conductuales del niño. Se aplica a los padres/madres de niños de edades comprendidas entre 4 y 16 años. El formato de respuesta para cada cuestión consta de 3 alternativas, presentadas

en una escala de frecuencias. Evalúa los síndromes interiorizados y exteriorizados de los problemas de conducta. Comprende los factores de *Agresividad, Depresión, Conductas obsesivo-compulsivas, Delincuencia, Ansiedad Somática, Problemas Somáticos, Delincuencia no socializada, Hiperactividad y Retraimiento Social*.

Las propiedades psicométricas de la escala apuntan que la fiabilidad test-retest oscila entre .80 y .90. La validez es de .78. La correlación entre madre-padre es de .90, mientras que entre padres y maestros fluctúa entre .60 y .70. La consistencia interna de la escala ha quedado demostrada en repetidas ocasiones (Achenbach y Edelbrock, 1983; Caprara, 1986; Caprara y Pastorelli, 1989, 1993; Roa, 2000).

Parent-Child Relationship Inventory (PCRI-M) (Gerard, 1994) (Adaptación española de Roa y del Barrio, 2001)

Valora las actitudes de la madre hacia la crianza y hacia los mismos hijos. Está constituido por 78 ítems. De ellos 56 son directos y 26 inversos. Los ítems directos se formulan sobre la base de las dificultades percibidas acerca de la crianza. Los inversos sobre la percepción positiva de la madre sobre la misma. Comprende 8 escalas: *Apoyo, Satisfacción por la crianza, Compromiso, Comunicación, Autonomía, Disciplina, Distribución de Rol y Deseabilidad Social*. Las puntuaciones altas indican una buena actitud hacia la crianza.

Los datos psicométricos, aportados por el autor, obtienen un coeficiente alfa de Cronbach entre .70 y .88. La fiabilidad test-retest alcanza entre .68 y .93. En población española, a partir del mismo estadístico, la fiabilidad oscila entre .48 y .68 (Roa y Del Barrio, 2001). En este estudio el alfa oscila entre .52 y .70 para las diferentes escalas del cuestionario.

Big Five Questionnaire (BFQ) de Caprara, Barbanelli, Borgogni y Perugini (1993; 1994). Adaptación española realizada por Carrasco (2001)

A través de 65 ítems evalúa los factores que intervienen en la estructura de la personalidad, basada en la teoría de los Cinco Grandes (*Big Five*). Estos factores se refieren a *Energía, Amistad, Conciencia, Estabilidad Emocional y Apertura a la experiencia*. Se presenta mediante una

escala tipo likert con formato de respuesta de 5 alternativas.

Las características psicométricas del cuestionario, aportadas mediante el alpha de Cronbach, fluctúan entre .74 y .90 para cada uno de los factores (Caprara y Zimbardo, 1996). En población española, Carrasco (2001), la fiabilidad oscila entre .61 para el factor *Amistad* y .87 para *Conciencia*. En medio se encuentran *Energía y Estabilidad Emocional* con .77 cada uno y con .82 *Apertura*. En este estudio, el coeficiente de fiabilidad, obtenido a partir del mismo estadístico, apunta entre .65 para el factor *Amistad* a .83 en *Conciencia y Apertura*. *Energía y Estabilidad Emocional* obtienen .79 y .82, respectivamente.

Índice de posición social de Hollingshead (1957). Este instrumento permite determinar la posición social a través de la combinación de 2 factores, la profesión y el nivel de estudios del padre. Solamente, en aquellos casos en los que la madre se constituye como cabeza de la familia por razones de viudedad, separación o soltería, es ella quien aporta los datos referentes a su profesión y a su nivel de estudios.

El *Índice de Hollingshead* establece, de una parte, siete categorías diferentes para la profesión del padre, que van desde grandes ejecutivos, profesores o jueces, hasta trabajadores no cualificados. Y, de otra, una gama de siete categorías para los estudios, desde licenciado universitario hasta estudios de algún curso de la Enseñanza Básica. La combinación de ambos factores, profesión y nivel de estudios, permite obtener la posición que ocupa la familia —y, con ella, el sujeto— dentro de la estructura de la sociedad. Este índice divide en 5 niveles los estratos sociales: *I: Alta; II: Media-alta; III: Media; IV: Media-Baja; y V: Baja*.

Resultados

En primer lugar, cabe señalar la relación entre los problemas conductuales de los adolescentes y la clase social, y entre aquellos y la estructura familiar. Las tablas 1 y 2 muestran la conexión que establecen estas variables tras los análisis de varianza elaborados al efecto.

Por lo que se refiere a la clase social, ésta ofrece una situación de contraste. De una parte,

TABLA 1. Relación entre los problemas de conducta y la clase social

FACTORES CBCL	CLASE SOCIAL						
	I	II	III	IV	V	F	Sig.
Agresividad	ns	ns	ns	ns	ns	ns	ns
Ansiedad somática	ns	ns	ns	ns	ns	ns	ns
Delincuencia	ns	ns	ns	ns	ns	ns	ns
Hiperactividad	ns	ns	ns	ns	ns	ns	ns
Delincuencia-no social	0,7	1,172	0,831	1,165	1,153	2,145	,016
Depresión	3,333	2,586	3,347	3,854	4,211	1,988	,020
Obsesivo-Compulsivo	1,366	1,517	1,505	2,000	2,211	2,541	,005
Problemas somáticos	1,233	0,931	1,336	1,455	1,663	2,790	,007
Retraimiento	2,266	2,827	2,652	2,994	3,559	2,115	,012
Puntuación total	ns	ns	ns	ns	ns	ns	ns

muestra relaciones significativas con los problemas interiorizados de *Depresión*, *Obsesivo-Compulsivo*, *Problemas somáticos*, *Retraimiento* y *Delincuencia-no social*. De otra, no mantiene relaciones significativas con los problemas de conducta implícitos en la dimensión exteriorizada, como son *la agresividad*, *la hiperactividad*, *la delincuencia* y, en menor medida, *la ansiedad somática*. En cualquier caso, y al amparo de los resultados obtenidos, cabe señalar que los estratos sociales bajos mantienen mayores conexiones con los problemas conductuales interiorizados, como *el retraimiento*, *los problemas somáticos*, *la depresión* o *los trastornos obsesivo-compulsivos*.

La vinculación entre los factores interiorizados del CBCL y la *clase social*, confirma la conexión entre trastornos de conducta y clases sociales bajas, que se manifiesta, de forma gradual, a medida que decrece el estatus socioeconómico, de tal forma que los trastornos se agravan en las clases sociales más desfavorecidas. Con todo, las clases sociales I, II y III tienden a equipararse. A partir de ahí, se produce un aumento paulatino de las puntuaciones, que van agudizándose en la medida que decrece la *clase social*. En este sentido, al hilo de los resultados, los adolescentes de la muestra pertenecientes a la *clase social IV* tienen mayor probabilidad de manifestar problemas conductuales, que los de las clases sociales I, II y III y, a su vez, la probabilidad sube en la clase social V. En los factores de *Retraimiento* y *Depresión* la diferen-

cia entre las clases sociales III y V llega a ser de casi un punto (Tabla 1).

Los resultados obtenidos indican que la *clase social* constituye un factor de riesgo para la emisión de problemas conductuales. Dichas conclusiones se encuentran en la misma línea que las obtenidas por Mayor y Urra (1991). Con todo, se trata de una variable controvertida que obtiene resultados contradictorios en los diferentes estudios (Farnworth, Thornberry, Kronhn y Lizotte, 1994; Romero, 1996; Roa, 2000; Sobral, Romero, Luengo y Marzoa, 2000).

En cuanto a la conexión entre los problemas de conducta y la *estructura familiar*, operativizada como familia completa o nuclear vs. familia monoparental, cabe señalar, como muestra la tabla 2, una importante vinculación entre ambas variables, donde prácticamente todos los factores mantienen relaciones significativas con la estructura familiar. Excepción hecha con los factores *Depresión* y *Problemas somáticos*, que se mantienen al margen.

Sobre la base de los resultados se puede indicar que los problemas conductuales tienen mayor incidencia en familias monoparentales. Una vez más, la familia nuclear puede estar en mejores condiciones para establecer criterios y mostrar un mayor apoyo ante la labor educativa, lo que puede determinar un mejor estilo educativo. Todo ello, por tanto, puede tener una incidencia positiva en la conducta del adolescente

Tabla 2. Relación entre los problemas de conducta y la estructura familiar

FACTORES CBCL	ESTRUCTURA FAMILIAR			
	Familia completa	Monoparental	F	Sig.
Agresividad	7,059	8,318	2,201	,001
Ansiedad somática	2,490	3,454	1,912	,027
Delincuencia	0,387	0,833	5,855	,000
Hiperactividad	3,419	4,075	1,882	,020
Delincuencia-no social	1,079	1,606	1,919	,035
Depresión	Ns	ns	ns	ns
Obsesivo-Compulsivo	1,883	2,196	3,453	,000
Problemas somáticos	Ns	ns	ns	ns
Retraimiento	2,969	3,848	1,863	,023
Puntuación total	24,423	30,409	1,424	,017
Factores exteriorizados	11,070	13,727	1,616	,014
Factores interiorizados	13,352	16,681	1,847	,001

y facilitar, a la vez, la disminución del grado de problematización de la conducta.

En el lado opuesto, cuando uno de los progenitores se encuentra sólo ante la crianza puede reducir la percepción de apoyo emocional y social hacia la labor educativa, elevar la inconsistencia en los criterios de disciplina y, a la vez, sentirse menos comprometido e interactuar en menor medida con el hijo. Esto puede conducir a una falta de criterios y a cierta inseguridad en la crianza, lo que puede fomentar los problemas conductuales de los adolescentes. Por tanto, al hilo de los resultados se puede concluir que ambas variables, familia monoparental y clase social baja, se constituyen como factores de riesgo ante la manifestación de los problemas de conducta de los adolescentes.

A continuación se ha realizado un análisis correlacional, entre los hábitos de crianza y los problemas conductuales de los adolescentes, ambos percibidos por las madres, con la finalidad de estudiar la relación establecida entre ambas. El análisis muestra correlaciones significativas negativas, $p < 0.01$ y $p < 0.05$, entre los diferentes factores de la conducta y de la crianza, a excepción del factor *Deseabilidad Social*, cuya correlación sostiene una tendencia positiva. Resaltan las escalas de *Apoyo*, *Autonomía*, *Disciplina* y *Satisfacción por la crianza*, al mantener correlaciones significativas negativas o inversas con cada uno de los factores y síntomas

conductuales, tanto en los externalizados como en los internalizados (Tabla 3). lo cual sugiere que el sentimiento de apoyo, social y emocional, percibido por la madre, unido a la capacidad de fomentar autonomía e independencia en el hijo, junto a la adecuada implantación de criterios que conduzcan a una ajustada disciplina, más la satisfacción de ser madre, conformarán un salvoconducto que preservará al hijo de la aparición de trastornos conductuales, o dicho de otro modo, buenos hábitos de crianza servirán de garantía ante la posible aparición de conductas socialmente adaptadas, y protegerán de los problemas de comportamiento, bien en síntomas externalizados, bien en internalizados

Las restantes escalas de crianza sostienen, igualmente, correlaciones significativas negativas con algunos factores del *CBCL*, con la salvedad de la escala de *Deseabilidad Social* donde se ratifica la tendencia positiva. El hecho de que la correlación en ésta última escala, *Deseabilidad Social*, sea positiva viene a indicar que la obtención de puntuaciones elevadas puede generar problemas en los niños. Por tanto, contiene mayores connotaciones negativas de lo que en principio cabría esperar. Resultados semejantes fueron obtenidos por Roa (2000). Y, en este sentido, las expectativas maternas, cuando son elevadas, pueden provocar un incremento de los problemas conductuales, tanto en el orden *exteriorizado*, como en el *interiorizado*.

TABLA 3. Correlaciones significativas entre estilos de crianza y problemas conductuales de los adolescentes

FACTORES CBCL	ESCALAS DEL PARENT-CHILD RELATIONSHIPS INVENTORY (PCRI-M)								
	Apoyo	Autonomía	Comunicación	Deseabilidad social	Disciplina	Distribución de rol	Implicación crianza	Satisfacción	Total
Agresividad	-339**	-342**	-138**	166**	-492**	ns	-131**	-256**	-395**
Ansiedad somática	-217**	-213**	ns	146**	-280**	ns	ns	-138**	-221**
Delincuencia	-193**	-170**	-126**	ns	-345**	-107*	-095*	-216**	-280**
Hiperactividad	-294**	-264**	-196**	183**	-379**	ns	-181*	-223**	-350**
Delincuencia-no social	-194**	-282**	-146**	ns	-325**	-089*	-168**	-272**	-333**
Depresión	-322**	-219**	-141**	ns	-262**	-113**	ns	-181**	-290**
Obsesivo-Compulsivo	-284**	-243**	-100*	086*	-364**	-115**	-089*	-192**	-311**
Problemas somáticos	-216**	-213**	ns	ns	-285**	ns	-091*	-149**	-253**
Retraimiento	-383**	-320**	-154**	163**	-460**	-095*	-196**	-234**	-409**
Total	-381**	-345**	-170**	160**	-489**	-112*	-162**	-274**	-429**

Nivel de significatividad:

** 0,01 * 0,05

Seguidamente se ha analizado el peso del temperamento y de la crianza ante la emisión de los problemas conductuales. Con esta finalidad se ha recurrido al análisis discriminante para, así, estudiar el efecto de las variables predictoras que mejor discriminen ante la manifestación de los problemas de conducta. Llegado a este punto se han organizado dos análisis discriminantes, utilizando como variables dependientes, en uno los síntomas externalizados, en otro los internalizados. Sendos análisis se han realizado con la técnica multivariada del Análisis Discriminante en Modo Análisis, puesto que el objetivo perseguido es conocer la influencia de las variables predictoras —estructura de personalidad y estilos de la crianza— sobre los problemas conductuales interiorizados y exteriorizados en sus condiciones de altas y bajas, es decir, el grupo de sujetos que obtienen puntuaciones superiores a la media más una desviación típica y el grupo que está en la media menos una desviación típica.

Centrados en los problemas de conducta interiorizados, el análisis discriminante «paso a paso», —realizado con una submuestra de 182 sujetos, 89 incluidos en el grupo bajo y 93 en el grupo alto—, aporta una correlación canónica de 0,678, estadísticamente significativa para diferenciar los dos grupos de problemas de conducta interiorizada. Dicho análisis reduce a sie-

te las variables que poseen fuerza suficiente para discriminar en el criterio de menor y mayor internalidad.

Para llevar a cabo este análisis ha sido necesario recurrir a la opción de grupos separados, dado que las matrices de covarianza no era iguales (M de Box=56.139, $F_{28, 112442.2} = 3.117$, $p=0,002$). La clasificación se ha realizado, por tanto, atendiendo a las matrices de covarianza de los grupos para las funciones canónicas discriminantes (M de Box = 0.229, $F_{1, 97072.06} = 0,228$, $p = 0,633$).

La función discriminante clasifica correctamente el 83,5% de los casos, utilizando los dos grupos de problemas de conducta interiorizada (alto/bajo). Este porcentaje se distribuye en el 84,3% para el grupo bajo, en síntomas interiorizados, y el 82,8% para el grupo alto, que es el colectivo que mantiene manifestaciones elevadas de síntomas internos. La asignación de los sujetos a los subgrupos se ha basado en el grado de semejanza a las respuestas medias o centroides de la función discriminante. Estas se corresponden con el 0,937 para el grupo bajo, de menor internalidad y -0,896 para el grupo alto, de mayor internalidad.

Los coeficientes de estructura, que representan la correlación de las puntuaciones de cada variable con las puntuaciones de la función discriminante, permiten obtener las varia-

bles que el análisis discriminante selecciona por tener mayor poder discriminador, en la condición de alta y baja internalidad. De esta forma, aquellos coeficientes de correlación cercanos a cero indican una escasa asociación entre ambas puntuaciones, mientras que, los que se acercan a la unidad anuncian una alta asociación entre las variables independientes y la función discriminante.

En este caso, como se puede observar en la tabla 4, la variable con mayor poder discrimi-

nador corresponde a *Disciplina* (.792), seguido de *Apoyo* (.652), y de *Autonomía* (.543). Continúan *Inestabilidad* (.377) y *Satisfacción* (.329). Las tres primeras, junto con *satisfacción*, corresponden a diferentes aspectos implícitos en la crianza. Mientras que *Inestabilidad* forma parte de los factores estructurales de la personalidad. Los factores estructurales de *Amistad*, con carga negativa en la función discriminante, y *Conciencia* apenas tienen importancia puesto que se encuentran en índices excesivamente bajos y cercanos a cero (-.088 y .018, respectivamente)

TABLA 4. Saturaciones de las variables en la función discriminante (condición altos / bajos problemas de conducta internalizados)

Variables independientes		Función I
Cuestionario	Factores	
PCRI-M ⁽¹⁾	Disciplina	.792
PCRI-M	Apoyo	.652
PCRI-M	Autonomía	.543
BFQ ⁽²⁾	Estabilidad	.377
PCRI-M	Satisfacción	.329
BFQ	Amistad	-.088
BFQ	Conciencia	.018

⁽¹⁾ PCRI-M: Parent-Child Relationship Inventory (Gerard, 1994)

⁽²⁾ BFQ: Big Five Questionnaire de Caprara *et al.*, (1993; 1994)

En relación con la dimensión exteriorizada de los problemas de conducta, el análisis discriminante «paso a paso» (Wilks) confirma, igualmente, que la función discriminante es estadísticamente significativa para diferenciar a los dos grupos de externalidad (n menor Externalidad = 108; n mayor Externalidad = 81) con una correlación canónica de 0.667, $p < 0,000$.

En este caso, las variables que poseen mayor fuerza discriminadora se reducen a cinco. Estas variables son *Disciplina*, *Autonomía* y *Apoyo*, en la dimensión de los hábitos de crianza, y *Estabilidad* y *Apertura*, en la de estructura de la personalidad.

Para efectuar el análisis se ha recurrido, igual que en el anterior, a la opción de grupos separados, puesto que las matrices de covarianza no son iguales (M de Box = 31.928, $F_{10, 139875.1} = 3.117$, $p = 0,001$). Asimismo, se ha elaborado la clasificación atendiendo a las matrices de co-

varianza de los grupos para las funciones canónicas discriminantes (M de Box = 0,006, $F_{1, 99195.19} = 0.006$, $p = 0,938$).

En esta ocasión, al utilizar los dos grupos de externalidad —*Alto* y *Bajo*—, la predicción de la función discriminante clasifica correctamente el 84,7% de los casos agrupados originales. Este porcentaje es la media resultante del *grupo alto*, con el 87% de los casos bien clasificados, y el 81,5% de los del *grupo bajo* o grupo que presenta menores índices de problemas interiorizados. Asimismo e igual que en el caso anterior, la asignación de los sujetos a los grupos se ha obtenido atendiendo al grado de semejanza a las respuestas medias o centroides de la función discriminante, obteniendo, en éste el 0,771 para el *grupo bajo*, de menor externalidad, y -1,028 para el *grupo alto* o de mayor externalidad.

En cuanto a los coeficientes de estructura de las variables que el análisis discriminante ha

precisado seleccionar para realizar su función, aquellas que muestran mayor poder discriminador son *Disciplina* (.879), *Autonomía* (.546), *Apoyo* (.464), *Estabilidad* (.395) y *Apertura* (-.358), ésta última con signo negativo. Todos aluden al ámbito de los estilos de crianza, excepto *Estabilidad* que forma un factor estructural de la personalidad (Tabla 5).

Estos resultados son indicadores de la importancia que el entono familiar, observado a través de los hábitos de crianza que perciben las madres, ejerce sobre la conducta del adolescente internalizada y externalizada. Por lo tanto, los problemas interiorizados y exteriorizados pueden ser regulados, en gran medida, por la mediación del ambiente bien hacia peor, agra-

TABLA 5. Saturaciones de las variables en la función discriminante (condición altos / bajos problemas de conducta externalizados)

<i>Variables independientes</i>		<i>Función I</i>
<i>Cuestionario</i>	<i>Factores</i>	
PCRI-M ⁽¹⁾	Disciplina	.879
PCRI-M	Autonomía	.546
PCRI-M	Apoyo	.464
BFQ ⁽²⁾	Estabilidad	.395
BFQ	Apertura	.358

⁽¹⁾ PCRI-M: Parent-Child Relationship Inventory (Gerard, 1994)

⁽²⁾ BFQ: Big Five Questionnaire de Caprara *et al.*, (1993; 1994)

vándolos, bien hacia mejor, atenuando o aligerando las dificultades comportamentales.

En relación con la contribución que la estructura de la personalidad infiere sobre los problemas conductuales, la vinculación es bastante baja. Únicamente el factor *Estabilidad* mantiene relaciones significativas tanto con la dimensión interna como con la externa, con coeficientes de correlación de .377 y .395, respectivamente.

En este sentido, se puede afirmar que la estabilidad emocional, como capacidad que conduce a saber dominar ciertas emociones como la ansiedad y el control del estrés, o los impulsos como el dominio de la irritabilidad, la cólera o la frustración, sostiene relaciones significativas positivas con la afloración de los problemas conductuales en ambas facetas, interiorizados-exteriorizados.

Además, los problemas conductuales de tendencia interna sostienen relaciones significativas, con signo negativo, con el factor estructural de *Apertura*. Todo esto viene a indicar que la aptitud de los adolescentes para abrirse a la novedad, así como la tolerancia en los valores y en los estilos de vida o la capacidad de ampliar los intereses culturales, se constituyen en factores

protectores ante a la exteriorización de los problemas conductuales. Por otra parte, también es signo de que la facultad de los sujetos de abrirse a la novedad, sin bloquearse, y de ser tolerante ante posiciones enfrentadas, afecta más a la dimensión exteriorizada y, dentro de ella, a los factores de *hiperactividad* o *delincuencia*, y menos a la interiorizada.

Discusión

Los resultados de la investigación muestran conexiones entre los problemas de conducta del adolescente y las variables relativas al entorno sociofamiliar. De entre ellas, se observan asociaciones consistentes con el estilo de crianza que reina en los hogares. Un estilo educativo que fomente relaciones cálidas entre los miembros de la familia y que establezca criterios disciplinarios sólidos y consistentes, sin obviar las necesidades internas de cada uno de los componentes, es un estilo que cuenta con garantía para salvar con éxito las situaciones difíciles que puede atravesar la familia.

En primer lugar, los análisis realizados con la *Clase Social* indican que esta variable mantie-

ne relaciones significativas con el desarrollo de problemas conductuales, especialmente, con los factores de *delincuencia-no social, depresión, obsesivo-compulsivo, problemas somáticos y retraimiento*. Los adolescentes pertenecientes a los estratos sociales más desfavorecidos cuentan con mayores probabilidades de manifestar este tipo de trastornos. Los resultados demuestran que los chicos y chicas de las clases sociales I, II y III mantienen una incidencia semejante en relación con el grado de problematización de las conductas manifiestas. La incidencia se eleva en las clases sociales IV y V, estratos sociales más bajos, que presentan mayores índices de conductas antisociales. Estos resultados se encuentran en la línea de los obtenidos por Mayor y Urrea (1991). Aunque, como se ha comentado, se trata de una variable controvertida dado que los resultados obtenidos en otras investigaciones han sido contradictorios (Farnworth, Thornberry, Kronhn, y Lizotte, 1994; Romero, 1996; Roa, 2000; Sobral, Romero, Luengo y Marzoa, 2000).

A pesar de esto, se puede considerar que una clase social baja mantiene formas de comportamiento propias y singulares, escaso nivel educativo, poco apoyo social y deficiente satisfacción laboral, además de un entorno —vecindario y amistades— que se encuentra en condiciones semejantes. Así pues, entendida en su contexto, puede llegar a constituir un factor de riesgo en tanto en cuanto puede transmitir mensajes, valores y conductas próximos a los calificados como poco adaptados (Cox y Paley, 1997; Del Barrio, 1998), como pueden ser la escasa atención prestada a los hijos, debido a las condiciones adversas en las que se desenvuelve la vida de los propios progenitores, o el no dar importancia al rendimiento escolar ni al esfuerzo por conseguir mejores notas, o las expectativas de los padres para que logren la independencia económica cuanto antes mejor, aun a costa de tener trabajos sin cualificación profesional (Bronfenbrenner, 1990).

En segundo lugar, y en relación con la estructura familiar, llama la atención la situación de vulnerabilidad que llega a tener la familia desmembrada o monoparental. Las familias completas o nucleares, formadas por ambos cónyuges y la prole, cuentan con mayores posibilidades de fomentar mejores hábitos de crian-

za. Parece ser que la convivencia y la posibilidad de compartir decisiones relacionadas con la educación de los hijos, alientan a la madre y la predisponen a enfrentarse a la crianza con entusiasmo y con actitud positiva.

En el lado opuesto, la familia monoparental puede constituirse en factor de riesgo y, como tal, desencadenar o ser caldo de cultivo de las conductas difíciles, tanto en su dimensión interna como externa. El hecho de que uno de los progenitores se encuentre sólo ante la crianza puede afectar a la percepción de apoyo emocional y social ante la labor de educación-crianza de los hijos, que, como se ha comentado, es importante en estas situaciones.

Con esto no se puede concluir que el hecho de pertenecer a una familia monoparental comporte problemas conductuales. Como se ha comentado, esta situación se constituye únicamente como factor de riesgo y, de esta forma, puede comportar cierta vulnerabilidad en determinadas ocasiones o ante la toma de decisiones en momentos concretos, en los que pueden aflorar sentimientos de inseguridad e incertidumbre. Más todavía, en la etapa evolutiva analizada, de los 12 a los 15 años, en la que los cambios físicos se acompañan de cambios cognitivos, emocionales y de búsqueda de nuevas sensaciones, por lo que se le puede considerar, en sí mismo, un período moldeable y sujeto a las influencias externas. Esto hace pensar que se trata de una etapa decisiva para la consolidación de los valores transmitidos desde la familia. A estos valores familiares se van incorporando las influencias externas a través de los entornos sociales.

Por lo tanto, en aquellas familias asentadas sobre valores sólidos, los enfrentamientos entre padres e hijos debidos a las ansias de libertad y de nuevas experiencias —propias de esta etapa evolutiva— transcurrirán de manera transitoria. Por el contrario, la poca solidez en la educación de las primeras edades puede tener consecuencias muy negativas en el futuro del hijo. Se ha demostrado que la falta de accesibilidad y de supervisión de los padres, acompañada de la escasa o nula comunicación paterno-filial se relaciona con la tendencia de los hijos a relacionarse con compañeros conflictivos y a fomentar conductas de riesgo de carácter anti-

social (Eisenberg, Fabes, Guthrie y Reiser, 2000; Sobral, Romero, Luengo y Marzoa, 2000; Mestre, Samper, Tur y Díez, 2001; Rodrigo, Mái-quez, García, Mendoza, Rubio, Martínez y Martín, 2004).

Se ha comprobado, asimismo, que los niños que viven una situación traumática, como consecuencia de un divorcio después de un periodo de mala convivencia y de manifestaciones hostiles entre los cónyuges, tienden a incrementar los problemas conductuales (Hodges y Bloom, 1984); mantienen mayores dosis de conductas delictivas y bajan bruscamente en los estudios (Roa y Del Barrio, 1998). Cuentan, también, con mayor riesgo a tener embarazos prematuros, a casarse precozmente y a abandonar el hogar (Thomas, Farrell y Barnes, 1996). Suelen mostrar, también, descenso en el rendimiento, introversión social, baja autoestima y problemas conductuales. Esta situación conduce a una disminución del nivel socioeconómico en la edad adulta (Amato y Booth, 1991).

Resultados semejantes se han obtenido en otras investigaciones, que comprueban la relación entre algunas características del contexto familiar, como las relaciones hostiles entre sus miembros, o relaciones de abuso, climas familiares fríos y poco cariñosos, criterios disciplinarios poco consistentes y ambivalentes, etc., y la agresión infantil (Baumrind, 1967, 1973; Bandura, 1973; Patterson, 1982; Dodge, Bates y Pettit, 1990; Cummings y Zahn-Waxler, 1992; Berkowitz, 1993; Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994; Caprara y Zimbardo, 1996; Krevans y Gibbs, 1996; Del Barrio, 1998).

Caprara, Pastorelli y Weiner (1994) y Caprara y Zimbardo (1996) obtienen resultados que apoyan el acercamiento social-cognitivo para entender los mecanismos de riesgo y desviación de la conducta. Entre estos mecanismos los factores ambientales —las relaciones establecidas en el seno familiar o en el entorno escolar— ocupan un lugar destacado. El feedback emocional, los mensajes de los demás que reciben los sujetos vulnerables y de riesgo, las atribuciones y las expectativas forjadas, constituyen factores que conducen, casi irremediamente, hacia la manifestación de las dificultades comportamentales. Por su parte, los adolescentes que reciben un *feedback* social positivo, y se per-

ciben aceptados por los demás, tienden a definir estrategias alternativas de resolución de problemas relacionales, antes de manifestar conductas negativas (Pakaslahti y Keltikangas-Järvinen, 1996; Katainen, Räikkönen y Keltikangas-Järvinen, 1999).

En la misma dirección, en un estudio reciente, Mestre, Samper, Tur y Díez, (2001), han obtenido conexiones significativas entre las percepciones de los sujetos con respecto a las relaciones que mantienen con la madre o con el padre, y los trastornos de conducta. Igualmente, aquellas modulan la disposición prosocial de los hijos, lo cual interfiere con la conducta difícil.

A modo de conclusión, cabe señalar que la afloración de problemas de conducta, tanto en la dimensión exteriorizada como en la interiorizada, guarda relación con la crianza y con los estilos educativos de los padres. En ambas dimensiones la situación es semejante. Las variables que mantienen una fuerza mayor en la función discriminante son *Disciplina*, *Apoyo* y *Autonomía*, seguidas de *Inestabilidad emocional*. Las tres primeras forman parte de los factores ambientales, mientras que la *inestabilidad emocional* constituye un factor estructural de la personalidad. Y, de los tres primeros factores, es el de *Disciplina* el que obtiene valores más altos, situándose alrededor de .800, lo que indica el fuerte peso de esta variable en el desarrollo de las conductas antisociales. Con todo ello, se puede concluir que las familias que actúan mediante estilos de crianza firmes, sustentados sobre criterios que inculcan la autonomía de todos sus miembros y fomentan buenas relaciones intrafamiliares, sobre la base del afecto y del cariño, son las que mejores resultados obtienen en la educación de los hijos. Un estilo de crianza equilibrado forma un salvoconducto para la educación y el desarrollo de conductas asentadas socialmente. Todo esto sugiere que los factores ambientales tienen más fuerza que los estructurales en el proceso de afloración de problemas conductuales interiorizados y exteriorizados.

Bibliografía

Achenbach, M.T. (1995). Diagnosis, assessment and comorbidity in psychosocial treatment research.

- Journal of Abnormal Child Psychology*, 23, 45-54.
- Achenbach, T. y Edelbrock, C. (1978). The child behavior profile: An empirically based system for assessing children's behavioral problems and competencies. *International Journal of Mental Health*, 7, 24-42.
- Achenbach, T. y Edelbrock, C. (1983). *Manual for the Child Behavior Checklist and revised Child Behavior Profile*. Ed. Department of Psychiatry, University of Vermont. Burlington.
- Amato, P. y Booth, A. (1991). Consequences of parental divorce and marital unhappiness for adult wellbeing. *Social Forces*, 69, 895-914
- Bandura, A. (1973). *Aggression: a social learning analysis*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3, 193-209.
- Baumrind, D. (1967). Child care practices anteceding three patterns of preschool behavior. *Genetic Psychology Monographs*, 75, 43-88.
- Baumrind, D. (1973). The development of instrumental competence through socialization. En A.D. Pick (ed.). *Minnesota Symposium on child psychology* (vol. 7, pp. 3-47) Minneapolis
- Baumrind, D. (1989). Rearing competent children. En W. Damon (ed.). *Child Development today and tomorrow* pp. 349-378. San Francisco: Jossey-Bass.
- Baumrind, D. (1991). The influence of parenting style on adolescent competence and substance use. *Journal of Early Adolescence*, 11, 56-95.
- Berkowitz, L. (1993). Some determinants of impulsive aggression: the role of mediated association with reinforcement for aggression. *Psychological Review*, 81, 165-176.
- Bragado, C., Bersabé, R. y Carrasco, I. (1999). Factores de riesgo para los trastornos conductuales, de ansiedad, depresión y de eliminación en niños y adolescentes. *Psicothema*, 11, 939-956
- Bronfenbrenner, U. (1990). Discovering what families do. In D. Blankenhorn, S. Bayme y J. Bethke (eds). *Rebuilding the nest: a new commitment to the American Family*. Wisconsin: Family Service America.
- Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Borgogni, L. y Perugini, M. (1993). «The Big Five Questionnaire: a new questionnaire for the measurement of the Five Factor Model», *Personality and Individual Differences*, 15, 281-288.
- Caprara, G.V., Barbaranelli, C.; Borgogni, L. y Perugini, M. (1994). «Cinque fattori e dieci sottodimensioni per la descrizione della personalità», *Giornale Italiano di Psicologia*, 21, 77-97.
- Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1993). «Early emotional instability, prosocial behaviour, and aggression: some methodological aspects», *European Journal of Personality*, 7, 19-36.
- Caprara, G.V., Pastorelli, C. y Weiner, B. (1994). «At-risk children's causal inferences given emotional feedback and their understanding of the excuse-giving process», *European Journal of Personality*, 8, 31-43.
- Caprara, G.V. y Zimbardo, P.G. (1996). Aggregation and amplification of marginal deviations in the social construction of personality and maladjustment. *European Journal of Personality*, 10, 79-110.
- Carrasco, M.A. (2001). *Estructura de la personalidad y Emociones infantiles*, Tesis doctoral. UNED. Madrid.
- Chico, E. (2000). Búsqueda de sensaciones. *Psicothema*, 12, 229-235
- Cox, M.J. y Paley, B. (1997). Families as systems. *Annual Review of Psychology*, 48, 243-267.
- Cummings, E. M. y Zhan-Waxler, C. (1992). Emotions and the socialization of aggression: adults' angry behavior and children's arousal and aggression. In Fraczek, A. y Zumkley, H. (eds.): *Socialization and Aggression* (pp. 61-84) Springer, Berlin.
- Del Barrio, M.V. (1997). *Depresión infantil*. Ariel Practicum. Barcelona.
- Del Barrio, V. (1998). Educación y nuevos tipos de familia. *Psicología Educativa*, 4, 23-47.
- Del Barrio, M.V. y Cerezo, M.A. (1990). «CBCL-Achenbach. Escala de problemas infantiles en población española. Varones 6-11 años», *II Con-*

- greso del Colegio Oficial de Psicólogos. *Area 7 Diagnóstico y Evaluación Psicológica*, 193-197
- Del Barrio, M.V., Mestre, M.V., Tur, A. M. y Samper, P. (2004). La depresión infanto-juvenil. El efecto de los factores emocionales, comportamentales y sociodemográficos. *Revista de Psicología General y Aplicada*.
- Dodge, K.A., Bates, J.E. y Pettit, G.S. (1990). Mechanisms in the cycle of violence. *Science*, 250, 1678-1683.
- Eisenberg, N., Fabes, R.A., Guthrie, I.K. y Reiser (2000). Dispositional emotionality and regulation: their role in predicting quality of social functioning. *Journal Personality and social psychology*, 78, 136-157.
- Eisenberg, N., Gershoff, E.T., Fabes, R.A., Shepard, S.A., Cumberland, A., Losoya, S.H., Guthrie, I.K., y Murphy, B.C. (2001). Mothers' emotional expressivity and children's behavior problems and social competence: Mediation through children's regulation. *Developmental Psychology*, 37, 475-490
- Eisenberg, N., Valiente, C., Fabes, R.A., Smith, C. L., Reiser, M., Shepard, S. A., Losoya, S. H., Guthrie, I. K., Murphy, B. C. y Cumberland, A. J., (2003). The relations of effortful control and ego control to children's resiliency and social functioning. *Developmental Psychology*, 39, 761-776
- Eisenberg, N., Zhou, Q., Losoya, S.H., Fabes, R.A., Shepard, S.A., Murphy, B.C., Reiser, M., Guthrie, I.K., y Cumberland, A. (2003). The relations of parenting, effortful control, and ego control to children's emotional expressivity. *Child Development*, 74, 875-895
- Farnworth, M., Thornberry, T., Kronhn, M.D. y Lizotte, A.J. (1994). Measurement in the study of class and delinquency: Integrating theory and research. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 31, 32-61.
- Gerard, A.B. (1994). *Parent-child relationship inventory*. Westerns Psychological Services (WPS). Los Angeles, California.
- Gotlib, I.H. y Avison, W.R. (1993). *Children at risk for psychopathology*. En C.G. Costello (ed), Basic issues in psychopathology, pp. 271-319. New York: Guilford Press.
- Grusec, J.E. y Goodnow, J.J. (1994). Impact of parental discipline methods on the child's internalization of values: A reconceptualization of current points of view. *Developmental Psychology*, 30, 4-19.
- Grusec, J.E., Goodnow, J.J. y Kuczynski, L. (2000). New directions in analyses of parenting contributions to children's acquisition of values. *Child Development*, 71, 205-211
- Hann, D. M., Osofsky, J.D., Barnard, K.E. y Leonard, G. (1994). Dyadic affect regulation in three caregiving environments. *American Journal of Orthopsychiatry*, 64, 263-269.
- Hetherington, E.M. y Parke, R.D. (1993). *Child Psychology. A contemporary viewpoint*. New York: McGraw-Hill.
- Hodges, V.F. y Bloom, B.L. (1984). Parent's report of children's adjustment of marital separation: a longitudinal study. *Journal of Divorce*, 8, 33-50.
- Hoffman, M.L. (1975). Moral internalization, parental power, and the nature of parent-child interaction. *Developmental Psychology*, 11, 228-239.
- Hollingshead, A.B. (1957). Two factors index of social position. New Haven, CN: Author
- Kandel, B.D. (1990). Parenting Styles, drug use, and children's adjustment in families of young adults. *Journal of Marriage and the Family*, 52, 183-196.
- Katainen, S., Räikkönen, K y Keltikangas-Järvinen, L. (1999). Adolescent temperament, Percived Social Support, and Depressive Tendencies as Predictors of Depressive Tendencies in Young Adulthood. *European Journal of Personality*, 13, 183-207.
- King, C.A., Radpour, M. W., Naylor, L., Segal, H.G. y Jouriles, E.N. (1995). Parents marital functioning and adolescent psychopathology. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 5, 749-753.
- Krevans, J. y Gibbs J.C. (1996). Parents' use of inductive discipline: relations to children's empathy and prosocial behavior. *Child Development*, 67, 3263-3277.
- Lytton, H. y Romney, D. (1991). Parents' differential socialization of boys and girls: a meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 109, 267-296.
- Maccoby, E.E. y Martin, J.A. (1983). Socialization in the context of the family: Parent child interaction. En E.M. Hetherington (Ed.). *Handbook of child psychology: vol. 4. Socialization, personality and social development* (pp. 1-102). New York: Wiley.

- Mayor, M. y Urra, J. (1991). Juzgado de menores. La figura del psicólogo. *Papeles del Psicólogo*, 48, 29-32
- Mestre, M.V., Frías, M.D., Samper, P. y Nacher, M.J. (2003). Estilos de crianza y variables personales como factores de riesgo de la conducta agresiva. *Revista Mexicana de Psicología*, 20, 189-199.
- Mestre, V., Samper, P. y Frías, D. (2002). Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: la empatía como factor modulador. *Psicothema*, 14, 227-232.
- Mestre, M.V., Samper, P., Tur, A. y Díez, I. (2001). Estilos de crianza y desarrollo prosocial de los hijos. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 54, 691-703.
- Motrico, E., Fuentes, M.J. y Bersabé, R. (2001). Discrepancias en la percepción de los conflictos entre padres e hijos a lo largo de la adolescencia. *Anales de Psicología*, 17, 1-13.
- Pakaslahti, L. y Keltikangas-Järvinen, L. (1996). Social acceptance and the relationship between aggressive problem-solving strategies and aggressive behaviour in 14-year-old adolescents. *European Journal of Personality*, 10, 249-261.
- Parra, A. y Oliva, A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de Psicología*, 18, 215-231.
- Roa, M.L. (2000). *Prácticas de crianza y su influencia en la adaptación social infantil*. Tesis doctoral. Departamento de Psicología de la Personalidad, Evaluación y Tratamientos Psicológicos. UNED, Madrid.
- Roa, L. y Del Barrio, V. (1998). Aspectos demográficos, hábitos de crianza y problemas infantiles. V *Congreso de Evaluación psicológica*, Málaga.
- Roa, L. y Del Barrio, V. (2001). Adaptación del cuestionario de crianza parental (PCRI-M) a población española. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 33, 329-341.
- Rodrigo, M.J., Máiquez, M.L., García, M., Mendoza, R., Rubio, A., Martínez, A. y Martín, J. C. (2004). Relaciones padres-hijos y estilos de vida en la adolescencia. *Psicothema*, 16, 203-210
- Romero, E. (1996). *La predicción de la conducta antisocial: un análisis de las variables de personalidad*. Tesis doctoral. Universidad de Santiago de Compostela. España.
- Rutter, M. (1994). Family discord and conduct disorder: cause, consequence or correlate?. *Journal of Family Psychology*, 8, 170-186.
- Scarr, S. (1992). Developmental theories for the 1990's: development and individual differences. *Child Development*, 63, 1-19.
- Smetama, J.C. y Asquith, P. (1994). Adolescents' and Parents' Conceptions of parental authority and personal autonomy. *Child Development*, 65, 1147-1162.
- Sobral, J., Romero, E., Luengo, A. y Marzoa, J. (2000). Personalidad y conducta antisocial: Amplificadores individuales de los efectos contextuales. *Psicothema*, 12, 661-670
- Thomas, G., Farrell, M.P. y Barnes, G.M. (1996). The effect of single-mother families and nonresident fathers on delinquency and substance abuse in black and white adolescents. *Journal of Marriage and the Family*, 58, 884-894.
- Tur, A.M., Mestre, M.V. y Del Barrio, M.V. (2004). Factores moduladores de la conducta agresiva y prosocial. El efecto de los hábitos de crianza en la conducta del adolescente. *Ansiedad y estrés*, 78-88.
- Valiño, A. y López, M.T. (2004). Conciliación de la vida familiar y laboral. En López, M.T. (Dir.) *La vida familiar en España. Dos décadas de cambio*. Fundación Acción Familiar.
- Vanistendael, S. y Lecomte, J. (2002). *La felicidad es posible*. Barcelona. Gedisa.
- Woodworth, S., Belsky, J. y Crnic, K. (1996). Determinants of fathering during the child's second and third years of life: a developmental analysis. *Journal of Marriage and the Family*, 58, 679-692.